

Parca

Daniela Piñeros



Image not found.

Capítulo 1

Mi belleza no es deslumbrante ni muy especial, pero es la belleza de una parca.

El rostro que todos los desahuciados, fenómenos, incomprendidos, tristes mortales veían antes de dejar la tierra y acompañarme.

En el mundo de los dioses preternaturales y ángeles caídos yo soy quien los saca de su miserable mortalidad y los revitaliza en un eterno despertar. Es mi mortalmente bello rostro quien desde la sombra los espera, a mis queridos, mis hijos.

Ninguno de ellos es consciente de mi permanente compañía hasta que llega el momento de partir y yo aguardo pacientemente; los amo. Ellos son tan míos como yo lo soy de ellos así que, cuando finalmente vuelven a mí los beso, los cubro con mis besos, con mis frías manos e intento lavar con mis lágrimas los pecados que cometieron en vida para que la eternidad sea mas llevadera.

Algunos de mis queridos son arrastrados por ellos, otros son sometidos por sus culpas y otros tantos no me quieren y solo ansían volver. Pero otros me abrazan, se entregan a mi como la madera al fuego, nos volvemos uno y se convierten en mi manto; es por eso que este es tan largo, casi infinito. Mis desafortunado hijos regresan al útero de la vida, el mismo donde termina.

Y ellos no se imaginan cuanto los envidio. Extraño lo efímero de la vida, lo fútil de la existencia, extraño esas sensaciones que solo los humanos tienen y digo que lo extraño por que yo también fui humana alguna vez. Fui una mujer con un amor tan grande que entregué a mi único hijo y a pesar de los siglos no lo he visto volver.

En vida mi amor crecía a diario con la pena y si bien el tiempo pasaba mi rostro no envejecía, mi carne no se caía, mi cabello seguía radiante; pero mi corazón había muerto hace mucho. Y caminé, caminé incesantemente por toda la tierra pero mis pies nunca sangraron, nunca me sentí cansada o hambrienta, a pesar de la lluvia nunca me mojé o enfermé y mi angustia se volvió humo y me rodeaba siempre.

Pero del mismo modo que los amo los puedo odiar. Puedo castigarlos con severidad cuando noto que mis lágrimas no limpian la brea que llevan en sus almas, cuando veo sus preciosos rostros llenos de inmundicia y debo alejarlos de mi. Los purifico en el fuego, un fuego de siglos, de eones. Solo envió allí a los hombres obsesionados y a los merodeadores nocturnos que buscan salvación.

Después de que han pasado un tiempo expuestos a mi fuego puedo besarlos y enviarlos de vuelta a la tierra, pero algunos llevan consigo el dolor y la ira de vidas pasadas y puedo notarlo apenas los lanzo al mundo. Ellos son mis dolorosos mañanas. Los mas queridos y fuertes pedazos de mí.

De mi vientre y mis brazos los veo caer desde hace tiempo, son dioses,

son demonios, son bellísimos ángeles o monstruos, son humanos.